

LAS NINFAS DEL RHIN (desde el fondo).—¡Oro del Rhin, oro puro! ¡Oh, si aun brillases con tu esplendor en el fondo de las aguas! Sólo en el fondo de las aguas hay sinceridad y franqueza; lo de allí arriba todo es cobardía y fingimiento.

(Los dioses han atravesado el puente. Caen el tión).



EL ANILLO DEL NIBELUNGO

PRIMERA PARTE

LA WALKIRIA

PERSONAJES

SEGISMUNDO.
HUNDING.
WOTAN.
SIGELINDA.
BRUNILDA.
FRICKA.
Ocho walkirias.



ACTO PRIMERO

Interior de una habitación.—En el centro, el tronco de un fresno colosal, cuyas elevadas raíces se pierden en el suelo; á la altura de las ramas, hay un techo de madera que cubre el flotante ramaje. Alrededor del tronco se ha construído una habitación; las paredes son de madera sin pulimento alguno, y revestidas de esteras. En el proscenio, á la derecha, se halla el hogar cuya chimenea atraviesa el techo: detrás del hogar hay un cuarto, parecido á una despensa, al cual se sube mediante un par de escalones: una estera sirve de puerta. En el fondo, una puerta de entrada con un sencillo cerrojo de madera. A la izquierda, otra que conduce á un cuarto interior al que se sube también por unos cuantos escalones; en el mismo sitio, pero más hacia el proscenio, una mesa; á la derecha, un banco adherido á la pared; á la izquierda, algunos taburetes.—La orquesta empieza con una introducción muy viva y arrebatada. Al levantarse el telón, entra Segismundo, abriendo precipitadamente la puerta de entrada: anochece; va cesando la tempestad.—Segismundo se detiene un momento sin soltar el cerrojo y mira en torno suyo; parece estar rendido de cansancio y su traje y su aspecto indican que viene huyendo. No viendo á nadie, cierra tras de sí la puerta, se dirige al hogar y se echa sobre una piel de oso.

SEGISMUNDO.—Sea de quien fuere este hogar, aquí descansaré.
(Se echa en el suelo y permanece algunos instantes sin moverse. Sigelinda entra por la puerta del cuarto in-

terior creyendo que ha vuelto su marido, y manifiesta su sorpresa al ver tendido á un extraño).

SIGELINDA (desde el fondo).—¡Un hombre! Voy á interrogarle. (Se le acerca tranquilamente algunos pasos más). ¿Quién entró en casa y se tendió junto al hogar? (Como Segismundo no se mueve, se adelanta unos pasos más y le observa). Cansado está de las fatigas del camino; ¿se habrá desmayado? ¿estará enfermo? (Se inclina hacia él). Todavía respira; sólo cerró los ojos; animoso parece, aunque rendido de fatiga.

SEGISMUNDO (levantando de pronto la cabeza).— ¡Agua! ¡una fuente!

SIGELINDA.—¡Voy á traerte el alivio que pides! (Coge un cuerno, sale de la casa y lo vuelve á traer lleno, ofreciéndoselo á Segismundo). Toma; ahí tienes agua con que apagar tu sed.

(Segismundo bebe y le devuelve el cuerno. Después de haber movido la cabeza dando las gracias, fija, con creciente interés, su mirada en las facciones de Sigelinda).

SEGISMUNDO.—Mucho me ha aliviado el agua, de las penas del cansancio; animó mi espíritu abatido y dió á mis ojos el delicioso placer de la mirada. ¿A quién debo tan singular beneficio?

SIGELINDA.—Esta es la casa de Hunding, y yo soy su mujer; su dueño te ofrece con gusto hospitalidad; ¡quédate aquí hasta que vuelva!

SEGISMUNDO.—Voy desarmado: al huésped herido no ha de negarla tu esposo.

SIGELINDA (angustiada).—¡Muéstrame tus heridas!

SEGISMUNDO (haciendo un gesto de indiferencia se sienta con ademán violento).—Son leves y no merecen que hablemos de ellas; aún conservo mi vigor. Si lanza y escudo hubiesen resistido la mitad que mi brazo, nunca hubiera vuelto la espalda al enemigo; pero me los destrozaron. Un tropel de adversarios quiso darme caza, me rendía la fuerza de la tempestad; pero más veloz que

yo de mis perseguidores, huyó de mí el cansancio; sobre mis párpados se posó la noche y ahora luce de nuevo el sol.

SIGELINDA (le ofrece un cuerno lleno de agua-miel).—Acepta esta dulce bebida.

SEGISMUNDO.—Toma tú antes un sorbo para que me sepa mejor.

(Sigelinda toma un sorbo y se lo da; Segismundo bebe luego; le devuelve el vaso. Los dos se miran con ternura por algunos momentos).

SEGISMUNDO (con voz temblorosa).—Diste de beber á un infortunado. ¡Dios aleje de ti la desgracia! (Se levanta). He descansado lo bastante; he de proseguir mi camino.

SIGELINDA (volviéndose de pronto).—¿Quién te persigue que ya te quieres ir?

SEGISMUNDO (atraído por sus palabras, se vuelve lentamente y melancólico).—¡La desgracia! la desgracia que me acompaña y me rodea donde quiera que voy. ¡Dios la aleje de ti! He de irme. (Se dirige apresuradamente á la puerta y levanta el pestillo).

SIGELINDA (olvidada de sí misma, le llama). — ¡Aguarda; ven! no has de traerla aquí donde mora tiempo há.

SEGISMUNDO (se detiene conmovido y examina atentamente á Sigelinda, que avergonzada y triste baja los ojos. Largo silencio. Segismundo vuelve atrás y se reclina en el hogar).—Esperaré á Hunding.

(Sigelinda sigue callada; de pronto se anima, escucha, y oye á Hunding que lleva el caballo á la cuadra; se dirige veloz á la puerta y la abre. Hunding, armado de lanza y escudo, entra y se para en la puerta al reparar en Segismundo).

SIGELINDA (contestando á la severa mirada de Hunding).—Cansado y yaciendo junto al hogar encontré á este hombre. La necesidad le trae á casa.

HUNDING.—¿Le diste de beber?

SIGELINDA.—He pagado su sed y le prodigué los cuidados de la hospitalidad.

SEGISMUNDO (mirando fija y tranquilamente á Hunding).—Le debo casa y bebida; ¿quieres re-prenderla por eso?

HUNDING.—Sagrada es para todos mi casa; séalo también para ti. (A Sigelinda, dejando las armas y dándoselas.) Dispón la cena.

(Sigelinda cuelga las armas en el tronco del árbol y coloca sobre la mesa algunos manjares y bebidas que ha sacado de la despensa).

HUNDING (observa detenidamente y admirado las facciones de Segismundo; las compara con las de su mujer, y dice hablando consigo mismo).—¡Cómo se parecen! ¡el mismo fulgor en su mirada! (Oculta su admiración y se dirige á Segismundo.) ¿Vienes de muy lejos? ¿Ibas á caballo? ¿Qué malos caminos son, los que tanto te han cansado?

SEGISMUNDO.—La tempestad y mi dura suerte hicieron que me lanzase á través de bosques y praderas: no conozco el camino que crucé é ignoro á dónde me llevaron mis pasos: esto quisiera saber.

HUNDING (sentado á la mesa y ofreciendo un sitio á Segismundo).—La casa que te presta refugio y el techo que te cubre pertenecen á Hunding; si desde aquí te diriges hacia el oeste, encontrarás gente que lo enaltecen. Si ahora me dices tu nombre, me honrarás con ello.

(Segismundo, que se ha sentado á la mesa, mira pensativo delante de sí. Sigelinda, sentada junto á Hunding y enfrente de Segismundo, le contempla con vivo interés).

HUNDING (observando á los dos).—Si te puedes confiar á mí tu nombre, díselo á esta mujer. ¿No ves con qué interés te lo pregunta su mirada?

SIGELINDA (con franqueza é interés).—Huésped, mucho me complacería saber tu nombre.

SEGISMUNDO (levanta su mirada, la fija en Sigelinda y dice con seriedad).—No puedo llamar-

me Friedmund; Frohwalt me gustaría ser: pero tengo que llamarme Wehwalt (1). Lobo fué mi padre; juntos vinimos al mundo mi hermana y yo. Muy pronto me quedé sin madre y sin hermana; apenas las he conocido. Valiente y fuerte era mi padre y tenía muchos enemigos; con él iba yo á la caza, muy á menudo, hasta que un día, al regresar de una muy grande y esforzada, encontramos vacía la cueva de los lobos, reducido á cenizas el suntuoso salón, y carbonizado el tronco de la robusta encina; muerto estaba, tendido en el suelo el cuerpo gentil de mi madre; entre las cenizas ardientes no se encontró el menor vestigio de mi hermana: el destino fatal nos entregó á la furia de nuestros enemigos. Desterrado huyó conmigo mi padre; largos años vivió con el lobo su tierno cachorro, y aunque mucho nos persiguieron, con valor supimos defender nuestras vidas. (Dirigiéndose á Hunding.) Un descendiente de lobos te habla, Hunding; muy conocido soy ya como tal.

HUNDING.—Terribles y extraordinarios acontecimientos nos cuentas. Me parece haber oído obscura leyenda, de este par de lobos, aunque no conocía ni al padre ni al cachorro.

SIGELINDA. — Prosigue: ¿dónde está ahora tu padre?

SEGISMUNDO.—Los enemigos nos persiguieron con furor, muchos de ellos cayeron á nuestras manos; al fin nos separaron, y una vez alejado de mi padre no le vi más. Sólo encontré en el bosque un pellejo de lobo, que ya no le cubría; ¡no le vi más! Dejé de amar el bosque desde entonces. Y quise salir de él y entrar en el mundo, pero siempre me acompañó la desgracia; si procuré atraerme un

(1) *Friedmund* significa literalmente: boca de la paz; *Frohwalt*: dominador de la alegría; *Wehwalt*: dominador del dolor; *Wolf*: lobo; *Siegmund*: boca de la victoria.

amigo, si solicité una mujer, siempre, siempre fui desechado. Si algo bueno aconsejaba, sabíale á otro mal; lo que á mí detestable, á todos parecía bien. Desafiado donde quiera, perseguido de la ira, hallando mi desventura donde busqué el amor, ¡cómo no llamarme á mí mimo Wehwalt, si sólo el dolor y la desdicha son mis dominios?

HUNDING.—No te amaría la Parca cuando te destinó tan mala suerte: no puede saludarte con alegría el hombre de quien eres huésped.

SIGELINDA.—¡Sólo los cobardes temen al que camina solo y sin armas! Cuéntanos aun, cómo perdiste en el combate las tuyas.

SEGISMUNDO (animándose más cada vez).—Pidióme amparo una niña, á quien un pariente quería casar con un hombre que no amaba, y partí para protegerla y librarla de aquella opresión: cayó el enemigo á mis pies, muertos yacían los hermanos, y la niña abrazaba sus cadáveres bañándolos en un mar de lágrimas de desesperación; la pena dominaba al furor. En esto los enemigos se nos echaron encima con ímpetu violento y sedientos de venganza nos sitiaron, pero la niña no se movió de allí y largo tiempo la protegí con mi escudo y con mi lanza, hasta que me destrozaron lanza y escudo. Estaba desarmado, moribunda la doncella: á mí me perseguía enfurecido el ejército... muerta yació á mis pies. (Con una mirada de doloroso entusiasmo á Sigelinda.) ¡Ahora ya sabes, mujer, por qué no me llamo Friedmund!

(Se levanta y se va hacia el hogar. Sigelinda mira al suelo pálida y conmovida).

HUNDING (muy sombrío).—Conozco una raza salvaje, para quien no háy nada sagrado; todos y yo particularmente la odiamos. Fui llamado para vengar la sangre de mis parientes; llegué tarde y volví para encontrar en mi propia casa al fugitivo criminal. Hoy, te protege mi hogar; para esta noche, te admití como huésped: pero defiéndete

mañana con fuertes armas, porque es el día que elijo para el combate: me pagarás la deuda de los muertos. (Dirigiéndose á Sigelinda que llena de angustia se coloca entre los dos.) Sal; dispón mi bebida y aguárdame.

(Sigelinda toma pensativa un cuerno de la mesa, saca de un armario algunas raíces y se dirige al cuarto del lado: se para en el último escalón y contempla á Segismundo, que reprimiendo su cólera sólo á ella mira. Permanecen así breve instante y al fin Sigelinda le señala un punto en el tronco del fresno. Hunding, que ha notado que se ha detenido, la hace salir con imperativo gesto, á cuya señal, obedeciendo ella, desaparece por la puerta con el cuerno y el candil).

HUNDING (descolgando sus armas del árbol).—Con armas se defiende el hombre. Mañana te encontraré; ya me has oído. ¡Guay de ti!

(Entra con las armas en el cuarto).

SEGISMUNDO (solo).—Ha cerrado la noche; y sólo alumbrá el cuarto el tenue resplandor del fuego del hogar. (Segismundo se tiende cerca de él sumido por largo tiempo en honda meditación.) Mi padre me dijo que en mi mayor peligro encontraría una espada. Casi desarmado en poder de mi enemigo, ahora soy prenda de su venganza. He visto una mujer augusta y hermosa, cuyo dulce encanto me atrae y que se encuentra en poder del hombre que me provoca á mí, indefenso. ¡Welsa! ¡Welsa! ¿Dónde está tu espada, la que esgrimiste en las batallas? (Se apaga el fuego del hogar; de él se escapa una chispa reluciente que va á parar al punto del fresno que ha indicado la mirada de Sigelinda y en el cual ahora se distingue claramente el puño de una espada.) ¿Qué es lo que brilla al resplandor de la llama que se extingue? ¿Qué rayo de luz sale del tronco de aquel fresno? ¡cómo me alegra el corazón! ¿Será la mirada de aquella seductora mujer, que, al irse, dejó olvidada allí? (El fuego del hogar se extingue len-

tamente.) La obscuridad de la noche cubría mis ojos, y el fuego de los suyos rozando mis párpados, me dió calor y luz. Ciñóme aquel sol la frente con su deliciosa aureola hasta que se puso detrás de los montes. Mas por despedida me volvió á alumbrar y al mismo tronco del viejo fresno no negó su favor: se apaga la luz, ya vuelve la noche á cubrir la mirada: sólo en el fondo de mi pecho arde aún un calor que no alumbra.

(El fuego se ha apagado del todo; obscuridad completa.

Se abre lentamente la puerta del aposento contiguo: sale Sigelinda con un traje blanco y se dirige á Segismundo).

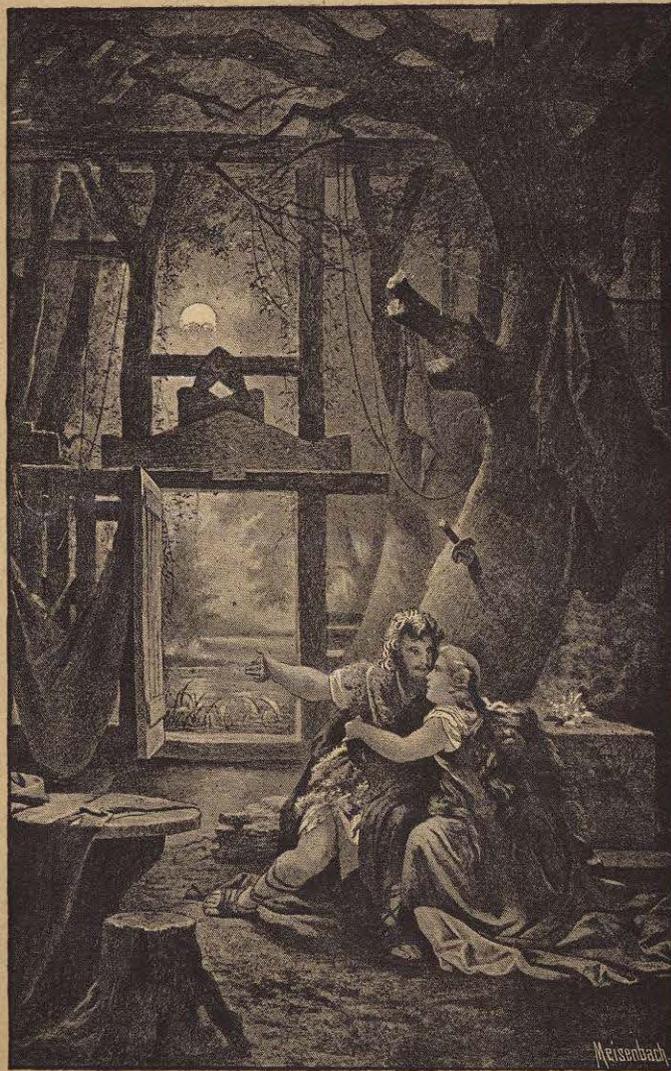
SIGELINDA.—¿Duermes, huésped?

SEGISMUNDO (se levanta de golpe agradablemente sorprendido).—¿Quién se acerca?

SIGELINDA (rápidamente y con mucho misterio).— Soy yo: ¡escúchame! Hunding yace en profundo sueño; yo le preparé adormecedora bebida; aprovecha esta noche!

SEGISMUNDO (interrumpiéndola).—¡Qué bien me hace el que estás cerca de mí!

SIGELINDA.—Voy á enseñarte una espada; serás el más augusto entre todos los héroes si la ganas; fué destinada al más fuerte. Oye bien lo que voy á contarte. Aquí se reunieron todos los guerreros convidados por Hunding á la boda: casó con una mujer que gente criminal, sin consultarla, le dieron por esposa. Triste estaba yo mientras los demás bebían: en esto entró un forastero, era un anciano en traje gris; inclinábasele el sombrero á un lado tapándole un ojo; pero el brillo del otro á todos infundió temor; sólo á mí me animó y dió consuelo aunque me arrancó algunas lágrimas. Dirigía su mirada á mí y á ellos al blandir en la mano una espada que hundió en el tronco del fresno; hasta el puño la metió: dijo que el acero pertenecía á aquel que del fresno lo arrancase; entraron y salieron los convidados, los más fuertes



tiraron de ella, pero la espada no cedió un ápice; allí está clavada todavía. Entonces supe quién fué el que me saludó en medio de mi dolor, y á quién destinó la espada. ¡Oh si le encontrase hoy! ¡si viniese á mí desde lejanas tierras! por todo lo que he sufrido en crudo dolor, por lo que siempre me ha dolido en medio de mi desgracia ¡qué grata me parecería la venganza si alcanzase por fin lo que tanto he deseado y tanto he llorado! ¡Oh! ¡si pudiese encontrarle, le estrecharía entre mis brazos!

SEGISMUNDO (la abraza entusiasmado).—A ti te abraza ahora, mujer sublime, quien está destinado á poseer la mujer y la espada. En mi pecho arde una llama que ha de unirme á ti. Encuentro en ti lo que siempre busqué y tanto deseé; tú padeciste el oprobio, yo sufrí la pena; tú fuiste deshonrada, yo desterrado. Me sonrío la venganza, teniéndote á ti entre mis brazos, junto á mi palpitante corazón!

SIGELINDA (asustada; se desprende de sus brazos).—¡Ah! ¿quién entró? ¿quién se ha ido? (De pronto se abre la puerta; se ve una hermosísima noche de primavera; la luna, con su clara luz, los alumbraba á ambos).

SEGISMUNDO.—Nadie se ha ido, pero alguien entró. ¿No ves cómo sonrío la primavera? (La atrae con suavidad hacia su lecho.) Venció las tempestades del invierno; en el bosque y en los prados se mece su templado ambiente, á todos sonríen sus ojos abiertos, su armonioso canto es el dulce trinar de los alegres pajarillos; respira exhalando agradables perfumes y de su sangre brotan hermosísimas flores. Con delicadísimas armas adornada, subyuga al mundo. De ella huyen el invierno y las borrascas. Así, bien debía al esforzado y valiente guerrero rendirse la puerta que de ella nos separaba. A su hermana quería acercarse; el amor, que ahora se alegra á la luz de

la hermosa luna y que se esconde en nuestros pechos, la atraía. ¡Vencido está el obstáculo que se para la primavera y el amor!

SIGELINDA.—Tú eres la primavera que yo anhelaba durante todo el invierno frío. A ti te saludó mi corazón, con ferviente entusiasmo, cuando por vez primera me animaste con tu mirada. Siempre me era desconocido todo lo que veía, triste cuanto me rodeaba. Pero á ti siempre te he conocido: mío eras desde que te vi; lo que escondido tenía en mi pecho, lo que yo soy, veo ahora claro como la luz del día; como música divina sonabas en mis oídos, cuando aun en triste tierra extraña veía vagar mi amor.

(Se abraza á su cuello en amoroso éxtasis, y le contempla acercándose á él).

SEGISMUNDO.—¡Oh dulce amor! ¡Mujer divina!

SIGELINDA.—Deja que me acerque á ti, que pueda contemplar el resplandor que de tus ojos y de tu semblante irradia y que con tanta fuerza me cautiva.

SEGISMUNDO.—A la luz de luna primaveral ondea tu hermosa cabellera, envolviéndote en ella; ya sé lo que tanto en ti me extasía: es mi propia mirada que se baña en amor.

SIGELINDA (le aparta los rizos de la frente y le admira arrobada).—Tu noble frente descubierta me seduce y encanta; tengo miedo á mi propio amor; me parece maravilla que te vea hoy por vez primera; ¿no te vieron ya mis ojos?

SEGISMUNDO.—También á mí me dice un sueño, que te vi en ardiente ansiedad.

SIGELINDA.—Yo vi en el arroyo mi propia imagen, y ahora la vuelvo á ver: como el reflejo del agua me la presentas tú ahora.

SEGISMUNDO.—Tú eres la imagen que siempre soñé.

SIGELINDA (apartando la mirada).—¡Oh, calla! Déjame escuchar esta voz: me parece que cuando

niña oí su sonido: pero no... la oí hace poco cuando resonó en el bosque el eco de la mía.

SEGISMUNDO.—¡No hay sonido más grato que el de la voz que escucho!

SIGELINDA (volviendo á fijar en los ojos de Segismundo los suyos).—El fuego de tus ojos me iluminó ya otra vez: así me contemplaba, saludándome, el anciano que me dirigió su consoladora mirada. En ella, en su osadía le conoció su hija; ya quería llamarle con su nombre... (Interrumpiéndose, sigue en voz más baja.) ¿De veras te llamas Wehwalt?

SEGISMUNDO.—Desde que me amas dejé de llamarme así; ¡ahora domino las delicias del amor!

SIGELINDA.—¿Y no puedes llamarte Friedmund?

SEGISMUNDO.—Llámame tú como quieras. Llévame el nombre que me des.

SIGELINDA.—¿No llamaste Lobo á tu padre?

SEGISMUNDO.—¡Era un lobo para zorras cobardes! Pero aquel en cuyos ojos brillaba el fuego como en los tuyos brilla, se llamaba Welsa.

SIGELINDA (fuera de sí).—Welsa era tu padre y tú eres un welsa; para ti hundió en el tronco del fresno la espada; deja pues que te llame como te quiero: ¡Segismundo!... así te llamo yo.

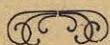
SEGISMUNDO (se lanza al tronco del árbol y coge el puño de la espada).—Segismundo me llamo y Segismundo soy: ¡sea de ello testigo esta espada que empuña mi mano! ¡Welsa me dijo que la encontraría, en la mayor necesidad: pues bien, ya la tengo! El amor sagrado me pone en peligro; amor anhelante, la necesita; amor arde en mi pecho y me impele á la lucha y á la muerte. ¡Nothung! ¡así te llamo, espada! ¡Nothung! ¡Nothung, acero envidiado, enséñame el filo de tu escondida hoja, sal de la vaina! (Arranca de un fuerte tirón la espada del tronco y la enseña á la admirada Sigelinda.) A Segismundo el Welsa estás viendo,

hermosa. Te trae esta espada como regalo de novio; así se desposará con la mujer más ideal; así la arrancará al enemigo. Síguele, pues, lejos de aquí; vente con él á donde habita la hermosa primavera; allí te protegerá Nothung, la espada cuando amándote perezca Segismundo.

SIGELINDA (en el paroxismo del amor).—Tú eres Segismundo, sí; yo soy Sigelinda, que te esperaba ansiosa; ¡á tu propia hermana ganaste, junto con tu espada!

SEGISMUNDO.—Esposa y hermana eres para tu hermano. ¡Surja pues de nosotros la sangre de los Welsas!

(La atrae con irresistible ardor; ella, dando un grito, se echa en sus brazos.—Telón rápido).



ACTO II

Rocas abruptas.—Desde el fondo sube, yendo á parar á unas rocas elevadas, un desfiladero, desde el cual el escenario desciende hasta el primer término en suave declive.—Wotan, en traje de guerrero y con la lanza: delante de él Brunilda, como walkiria, también armada completamente.

ESCENA PRIMERA

WOTAN.—¡Prepara tu caballo, joven guerrera! Pronto estallará sangriento combate; recuérdalo, Brunilda: prometiste al welsa la victoria. Declárese Hunding por quien quiera; á mí no me conviene para el Walhalla. Date, pues, prisa en partir al lugar del combate.

BRUNILDA (gritando y saltando de roca en roca en la altura, á la derecha del escenario).—¡Ea! ¡Hola! (Llegada á la cumbre de un peñón se pára, mira hacia el desfiladero del fondo y dice á Wotan.) Oye mi consejo, padre; disponte tú mismo á combatir; tendrás que sostener un duro ataque; se acerca Fricka, tu mujer, en un carro tirado por chivos. ¡Ah! ¡cómo restalla su látigo de oro! los

pobres animales tiemblan de miedo; va á escape; enfurecida se lanza al combate. No me gusta mezclarme en esta clase de refriegas; prefiero el valeroso combatir de hombres esforzados; por lo tanto, cuida tú de rechazar el ataque; te dejo solo. (Ha desaparecido detrás de los picos de las rocas mientras sale del desfiladero Fricka, en un carro tirado por dos chivos; allí se apea y se dirige luego precipitadamente hacia Wotan).

WOTAN (viéndola llegar).—Siempre las mismas tempestades, siempre el mismo trabajo. ¡Pero lo que es ahora, no me vencerá!

FRICKA.—Ando en tu busca recorriendo las montañas. ¿Dónde te escondes huyendo de tu mujer? Es preciso que me ayudes.

WOTAN.—¿De qué se trata?

FRICKA.—Oí las penas de Hunding clamando venganza: la protectora de la unión conyugal, le escuchó y prometió castigar duramente á los que con tal descaro ofendieron al esposo.

WOTAN.—¿Qué crimen cometieron si amándose los unió la primavera? Encantóles la magia del amor; ¿quién ha de expiar su fuerza?

FRICKA.—¡Cuán torpe y sordo á la razón te finjes! ¡Como si en verdad no supieses que vengo á clamar venganza á favor del ofendido por los que rompieron el juramento sagrado de fidelidad á la unión!

WOTAN.—No tengo por sagrado el juramento que une á dos que no se aman. Y en verdad que no deberías quererme obligar á sostener por fuerza lo que no te importa.

FRICKA.—Pues consideras digno de alabanza romper el juramento, sigue haciendo de ello ostentación y preconiza como cosa sublime que nazcan vástagos de vergüenza de la unión de dos gemelos. A mí se me estremece el corazón y se ofusca mi entendimiento al pensar que una hermana

abraze como esposo á su hermano. ¿Cuándo se vió que dos hermanos se amasen?

WOTAN.—Hoy lo has visto: apréndelo pues aunque antes no haya sucedido. Que los dos se aman, bien lo ves; oye mi razonable consejo: ¡si quieres que tu bendición te sea propicia, aprueba cariñosa la unión de Segismundo y Sigelinda!

FRICKA (fuera de sí).—¿Se acabaron por ventura los dioses eternos desde que engendraste los welsas salvajes? Claro lo he dicho, ¿lo adiviné? Nada te importa el origen sagrado de los dioses; así pisoteas todo lo que en un tiempo respetaste; rompes los lazos que uniste; burlándote deshaces lo que hizo el cielo; ¡que puedan á su capricho y antojo hacer lo que quieran los criminales gemelos, vergonzoso fruto de tu infidelidad! Siempre engañando á tu fiel esposa, recorriste alturas y valles ganoso de dar variedad á tus placeres, sin condoler de mi pobre corazón; ¡y todo hube de soportarlo! A los combates te acompañan esas hijas que tuviste de ilícitos amores, las nueve hermanas, las walkirias, y aun gracias que consideraste á tu esposa lo bastante para someterlas á su voz, sin exceptuar siquiera á tu predilecta Brunilda. Después, adoptando nombres nuevos, como Welsa, por ejemplo, anduviste por los bosques, á manera de famélico lobo, y cuando, degradándote á bajezas mayores, no te avergonzaste de dar el sér, en el seno de mísera mortal, á un par de gemelos, ahora arrojas á tu mujer á los pies de la loba! Acaba, pues; colma la medida; pisotea á tu víctima.

WOTAN (con acento tranquilo).—En vano me empeñaría en explicarte lo que no podrías comprender hasta que surja el hecho á la luz del día. Tú sólo entiendes aquello á que estás acostumbrada; ¡discurro yo lo que aun nunca ha sido! Oye lo que voy á decirte: es preciso que haya un héroe, que sin la ayuda de la protección divina, se sepa-